

BIBLIOTECA  
DE RECREO



LAS ROSAS ENCARNADAS



Y2C/353/14



R 35250

**LAS ROSAS ENCAR-  
NADAS Y LAS RO-  
SAS BLANCAS**

**POR CRISTÓBAL SCHMID**

Ilustraciones  
de M. NICOLÓ



**EDITORIAL  
SABONINA Y CALLEJA  
MADRID**



**CUENTOS DE CALLEJA**

PROPIEDAD  
DERECHOS  
RESERVADOS

ALDUS, S. A., Artes Gráficas, Santander,



## LAS ROSAS ENCARNADAS Y LAS ROSAS BLANCAS

**C**LARA era una niña muy querida de todos los que la conocían, por la bondad de su carácter y el gran respeto que a sus padres profesaba. Su padre era un valiente cazador, que a su honradez intachable unía un conocimiento profundo de su oficio; y su madre puede decirse que era la caridad misma. Esta feliz familia vivía en la llamada Casa del Cazador, pequeña choza situa-

## Cuentos de Calleja

da en un frondoso y apartado bosque, a poco menos de una legua del vecino pueblo, y del cual sólo se divisaba por entre las hojas de los árboles la torre de la iglesia, que hacía el cielo se elevaba cual plegaria de un alma piadosa. A pesar de vivir en aquella soledad, no echaban nada de menos, y no hubieran cambiado su delirioso retiro por los fastuosos palacios de los grandes señores de la capital.

Por regla general, el padre estaba fuera de su casa, pues a causa de su profesión tenía que vigilar constantemente los lazos y redes puestos en el bosque para recoger las presas hechas y llevarlas después al mercado del vecino pueblo, donde las vendía a muy buenos precios. La madre cuidaba de que todo en la casa estuviese siempre limpio y ordenado, y sus ratos de ocio los dedicaba por completo a su hija Clara, en quien tenía cifradas todas sus más halagüeñas ilusiones. Cuando Clara empezó a balbucear las primeras palabras, la alegría de su madre no tuvo límites; y el día en que por primera vez pronunció su nombre,

## Las rosas

creyó la buena madre perder la razón de puro contento.

Entre todas las cosas que en el bosque había, lo que más llamaba la atención de Clara eran las flores, por las cuales, desde un principio, sintió predilección especial. Siempre que su madre la dejaba salir a jugar un poco enfrente de la casa, su placer más grande era coger la mayor cantidad posible de perfumadas flores para regalarlas después a su madre, quien en pago le hacía infinidad de caricias y le daba muchos besos. Al ver la afección de Clara, los padres dejaron a su cuidado un pequeño trozo de huerto que rodeaba la casa, para que en él plantase todos los rosales que quisiera.

La niña se dedicó desde entonces con sumo cuidado al cultivo de su pequeño jardín, y no se cansaba de contemplar los diversos y atardecidos matices de las flores que plantaba. Pero cuando los capullos de sus rosales empezaron a abrirse, y dejaron ver las rosas llenas de fragancias y frescura, su alegría no tuvo límites.

## Cuentos de Calleja

—¡Oh!—exclamaba llena de contento—  
¡Qué color más hermoso y qué aroma tan  
grato y suave! ¡Qué bueno es Dios, que  
hace que las flores crezcan, para que con  
su hermosura alegren los campos y los prados!

Por aquella época, el padre de Clara ha-  
bía tenido que ir al pueblo para arreglar  
alertos negocios; y la niña, que nunca ha-  
bía visto rosas, creía que a su padre le su-  
cedía lo mismo, y estaba esperando con  
verdadera ansiedad su regreso para ense-  
ñarle tanta maravilla.

—¡Qué contento se va a poner papá  
—decía la niña con entusiasmo—cuando  
vea una flores tan preciosas!

El día que el padre había anunciado  
su regreso estuvo Clara en la puerta de la  
casa hasta que le vio venir a lo lejos, y en-  
tonces bajó al jardincito, escogió la rosa  
más lozana, y se la ofreció con angelical  
sonrisa.

El bondadoso padre se conmovió mucho  
ante aquel rasgo de cariño, cubrió de besos  
el rostro de su hija, y, mirando después  
a la rosa, dijo:





«regalárcelos después a su madre.»

## Cuentos de Calleja

—Así eres tú, hija mía: una delicada rosa, o mas bien un capullo próximo a abrirse.

Gran extrañeza causaron a Clara estas palabras, pues nunca se había fijado en si era o no bonita; y, sobre todo, no acertaba a comprender la semejanza que su carita podía tener con la rosa que a su padre le había dado. Echése, pues, a reír, y dijo:

—No comprendo lo que decís, pues si yo me pareciera a una rosa sería muy rara. Yo creo que la rosa y yo somos muy diferentes.

A lo que respondió la madre, que había oído la exclamación de su hija:

—No te extrañe, querida Clara, lo que tu padre dice: tú eres para nosotros una rosa cuyos más preciosos colores son tu obediencia y tu afán por el trabajo. Cuida siempre de conservar estas preciosas cualidades; no te parezcas nunca a esas flores, que, si bien son bonitas en apariencia, nadie las quiere, por las muchas espinas que tienen en su tallo. La niña más buena será

## Las rosas

siempre la más hermosa y la más querida de todos.

Clara prometió a sus padres que siempre atendería a todos sus consejos, y desde entonces, fiel a su promesa, bastaba que aquellos le hiciesen la menor indicación para que ella obedeciera en el acto risueña y contenta. De este modo, al mismo tiempo que Clara crecía en años y en belleza aumentaba también su bondad, y era la alegría de sus padres, que no cesaban de dar gracias a Dios por haberles concedido una hija tan sumisa y cariñosa.



Poco después de haber cumplido Clara los diez años, su buena madre empezó a enfermar, y no tardaron en presentarse en ella los síntomas de la terrible enfermedad llamada tisis. A medida que el verano avanzaba, la pobre mujer sentía más abatidas sus fuerzas; y ya cuando llegó el otoño y los árboles empezaron a deshojarse y a marchitarse las flores, no tuvo más remedio que abandonar por completo sus

## Cuentos de Calleja.

foreas para guardar cuna. Cada día causaba mayores estragos la dolencia en el cuerpo de la enferma; y como ésta era sumamente cristiana, se dispuso a bien morir, y quiso aprovechar los últimos días de su vida en aconsejar a su hija para que ésta no dejase nunca de practicar la virtud, como única senda que conduce derecha al Cielo.

—Mi querida hija—le decía con frecuencia—, mucho siento tener que abandonarte cuando aun eres tan joven, pues el camino que en este mundo has de atravesar es largo y cubierto de espinas y abrojos. Con frecuencia encontrarás a tu paso objetos mal de deslumbradora belleza y hermosura; pero antes de decidirte por ellos, examínalos con cuidado, no sea que bajo tan preciosa forma sólo deseen ofuscar tus sentidos para conducirte inconscientemente por la senda del mal. Ten presente siempre que Dios es nuestra única guía, y que a Él debemos dirigirnos en todas nuestras aflicciones. Cumple como hasta ahora los mandatos de tu buen padre, pues todo el que a sus padres respeta y obedece es siempre feliz. Siento

## Las rosas

que las fuerzas me faltan y que está próximo el fin de mi vida.

Callóse breves instantes, y después continuó con voz más apagada:

—Hija mía, Dios me llama, y tengo que abandonar este mundo. Ten siempre el alma abierta a toda acción generosa y buena, y Dios no te abandonará.

Dicho esto, bendijo a su hija, que de rodillas a su lado escuchaba conmovida; dejó caer pesadamente la mano, exhaló un débil suspiro, y elevando los ojos al cielo con expresión candorosa, entregó su alma al Señor.

Clara cogió entre las manos las de su madre, y notó que estaban frías; y entonces, abrazándose a ella cubrió su livida cara de besos apasionados.

Al día siguiente enterraron a la madre de Clara en el vecino pueblo de Eschenbach.

Después de tan dolorosa pérdida, todos los domingos, al salir de misa, iban padre e hija a rezar un rato sobre la tumba de la esposa cariñosa y madre amantísima. El padre de Clara cubrió el lugar donde repo-

## Cuentos de Calleja

saba la que fue en vida su buena compañera de alegrías y tristezas, con fresco y verde césped, y no puso más adorno que una sencilla cruz negra.

Cierto día preguntó Clara a su padre:

—Papá, ¿no sería mucho mejor que colocásemos sobre la tumba de mamá el mejor rosal que hay en nuestro jardín?

—No, hija mía—respondió su padre—: ese rosal fue plantado por tu misma madre, y si le quitásemos de nuestro jardín, me vería privado de una de las cosas que más quiero. Deja que llegue el buen tiempo, y entonces nos proporcionaremos otro.

En efecto; cuando pasaron los fuertes fríos del invierno, el padre de Clara cogió del bosque el rosal más hermoso que pudo encontrar, lo llevó al cementerio, y la niña tuvo el inmenso placer de ser ella quien lo plantara sobre el sepulcro de su querida e inolvidable madre.

Cuando llegó la primavera comenzó nuevamente el campo a dar señales de vida: los árboles se cubrieron de hojas, y las flores comenzaron a abrir sus delicados péta-

## Las rosas

los. Pero la pobre Clara apenas fijaba la atención en tanta hermosura, y su única satisfacción consistía en irse, sola o acompañada de su padre, a rezar sobre la tumba de su madre, cuya pérdida le era cada día más dolorosa.

Cierta día que, como de costumbre, fue Clara con su padre al cementerio, quedó sin saber lo que le pasaba al ver que el rosal que ella había plantado, en lugar de tener rosas encarnadas como todas las que ella conocía, daba unas rosas blancas como la nieve.

Fue presa de mortal congoja, y su sonrosada cara tomó el color blanco de las flores que tal impresión le causaban.

—¡Qué triste es lo que veo!—exclamó, llena de asombro—¿Por qué son blancas estas flores? ¡Parecen la imagen de la muerte! Cuando mamá vivía tenía su cara el color de las rosas encarnadas; pero al morir se puso pálida y blanca como estas flores. ¡Me causan mucho miedo estas flores, que tan tristes recuerdos traen a mi memoria!

—No te amedrontes sin causa alguna—

## Cuentos de Calleja

lo dijo, cariñoso, su padre—. Has de saber que, aun cuando tú no los hayas visto hasta ahora, son muchos los rosales blancos que hay plantados en los jardines. Si yo escogí este color en lugar del encarnado, ha sido solamente porque me parecía más apropiado. Pero ya que tanto te han extrañado estas flores blancas, te diré que de su contemplación puedes sacar muchas y provechosas consecuencias.

«Si, querida hija—continuó el padre, atrayendo a Clara hacia sí y acariciándola con ternura—: como ya en otra ocasión te dije, tu juventud hace que hoy te parezcas a las rosas encarnadas; pero tan pronto siempre que ha de llegar un día, y acaso antes de lo que tú crees, en que tu semblante tomará el color de estas flores que tanto te han sorprendido.

«En cierto modo, estas flores te recuerdan los sanos consejos que tu bondadosa madre te dio poco antes de morir, y de este modo no los olvidarás nunca. No por ser joven estás exenta de que tu cara pierda los colores que hoy la adornan. La verdadera





„A rezar un rato sobre la tumba.“

## Cuentos de Calleja

belleza no se encuentra en el cuerpo, sino en el alma pura y candorosa. En este mundo encontrarías, sin duda alguna, muchos aduladores que alabarán tu rostro; pero nunca prestes atención a semejantes palabras, que podrían envanecerte y pervertirte. Nunca olvides que hay una muerte cierta. De nada te serviría que tu rostro fuese bonito si tu alma estaba afeada por el pecado. Todo lo material muere, y sólo el espíritu sobrevive. La virtud es el mayor tesoro que podemos tener. Cuanto mejores sean nuestras acciones, tanto mayor será la tranquilidad que tendremos el día que Dios nos llame a disfrutar mejor vida. Ten presente siempre que en este mundo sólo estamos de paso; que, por grandes que sean los placeres que en él podamos disfrutar, no tardan en desaparecer; por el contrario, el otro mundo es eterno, no tiene fin, y en él seremos felices o desgraciados, según como ahora nos portemos. ¿De qué te serviría ser muy hermosa y tener grandes riquezas si abandonabas por completo el cuidado de tu alma? De nada, seguramente. Siem-

## Las rosas

pero que alguien pondere tu belleza, acuérdate de que ha de llegar un día en que la muerte te dejará pálida y desecada.

«Coge, pues, una de estas flores y ponla sin temer alguno sobre tu pecho. Su color blanco es el símbolo de la pureza e inocencia, virtudes ambas que si las conservas te darán valor suficiente para salir sin temor a la muerte cuando te encuentres en el lecho del dolor.

«El morir pueda ser muy triste para el que ha llevado una vida licenciosa, pero nunca para el bueno; antes al contrario, es el término de sus fatigas y trabajos; es el día en que Dios quiere llevarle a su lado para que goce de eterna felicidad. Piensa bien acerca de lo que te he dicho, y acuérdate siempre que encuentres rosas blancas.»



Como Clara había permanecido siempre en casa de sus padres, no tenía otros conocimientos que los que su virtuosa madre

## Cuentos de Calleja

lo enseñara, pues su padre no podía, por sus múltiples ocupaciones, dedicarse a la educación de su hija, y además ésta, a causa de su corta edad, no había podido ir aún a la escuela de niñas, la cual se encontraba a bastante distancia de la Casa del Cazador.

Pero como la niña iba siendo ya mayorcita, y, por tanto, era necesario que fuera imponiéndose en todas las labores propias de su sexo, el buen padre tuvo que pensar seriamente, a pesar de lo mucho que le constrictaba separarse de su hija, en llevar a ésta a casa de una hermana de él que vivía en un pueblo de bastante importancia situado a unas ocho o diez leguas de aquel lugar.

Dicha hermana vivía completamente sola, pues nunca tuvo hijos, y Mullor, su marido, había muerto hacía algunos años, dejándola heredera única de una importante y acreditada tienda de tejidos. Como el padre de Clara sabía perfectamente las excelentes cualidades que adornaban el corazón de su hermana, no vaciló en escribirle rogándole

## Las rosas

que se encargara de Clara y que hiciera por ella las veces de segunda madre.

Esperando estaba el padre de Clara la respuesta a su carta, y con el asombro que es de suponer vio que a la puerta de su casa paraba un elegante carruaje, y que de éste descendía su queridísima hermana, que lo llamaba con los brazos abiertos.

Excusado es decir la satisfacción que experimentó el padre de Clara al poder estrechar entre sus brazos a su hermana, a quien no veía desde hacía tres años.

Cuando la sueca de Muller se fijó en su sobriñita Clara, no pudo contener su asombro

—¡Cuánto has crecido, querida mía!— le decía, acariciándola con ternura—¿Sabes que si no te hubiera visto con tu padre no te habría comorido? ¡Vaya con la niña ésta, que quiere hacerle a una más vieja de lo que es! Dime, querida: ¿quieres venirte conmigo?

Clara, que ignoraba por completo la decisión tomada por su padre, creyó que su tía la invitaba a dar un paseo en coche

## Cuentos de Calleja

hasta el pueblo cercano, y aceptó la invitación; pero cuando su padre le dijo la verdad del asunto, y que tenía que pasar uno o dos años separada de él para atender a su educación, se echó a llorar amargamente, pues, aun cuando le gustaba ir a la villa, no quería apartarse de su buen padre, a quien amaba con todas las fuerzas de su tierno corazón.

Entonces el padre dijo a Clara:

—No te allijas, hija mía. Tanto como a tí me duele a mí la separación; pero, sin embargo, es menester resignarse, pues tienes necesidad de aprender muchas cosas que hoy ignoras, y que son indispensables a toda muchacha bien educada para que pueda ser el día de mañana una buena señora de su casa. Claro está que no has de aprender pintura, música ni ninguna otra bella arte, propia de gente rica y bien acomodada. A una niña como tú lo basta con saber guisar, coser y planchar la ropa.

—Tiene mucha razón tu padre—replicó la señora de Muller—; es necesario que te impongas en todos los quehaceres domésticos.

## Las rosas

cos, para que puedas continuar con los hábitos de trabajo y economía que tanto enaltecieron en vida a tu bondadosa madre. Anímate, pues, y ten presente que si hoy te separas de tu padre, es tan sólo para tu bien y el suyo.

Como Clara era muy juiciosa, pronto comprendió la verdad de lo que su tía le decía; así es que dejó de llorar y dijo:

—Tienen ustedes mucha razón, y he sido una tonta en afligirme: me iré con mi tía, y a su lado aprenderé todo lo que hoy ignora.

A ruegos del padre de Clara, la señora de Muller permaneció unos cuantos días a su lado, y la niña no tardó en cobrar gran cariño a su tía.

Llegó por fin el día de la marcha, y Clara sintió un pesar profundo al ver parado frente a la casa el coche que había de conducirla lejos de su adorado padre. Semejante separación no podía menos de afligirla en extremo. Sin embargo, no quiso entristecer más con su llanto a su buen padre: se arrojó a los pies de éste, y muy conmovida,

## Cuentos de Calleja

pero resignada, le pidió con humildad que le achase la bendición. Su padre, conteniendo a duras penas las lágrimas, la bendijo con ternura, y después, levantándola del suelo, la estrechó entre sus brazos y exclamó:

—Hija mía muy querida, no olvides nunca el ejemplo que te dio tu santa madre y ten por seguro que Dios ha de velar por tu felicidad. Apártate siempre de malas compañías, para que cuando vuelva a verte seas tan buena y piadosa como hoy lo eres. Quiero mucho a tu tía, y afánate por aprender todo lo que te enseñen.

La señora de Muller prometió a su hermano que cuidaría de Clara con la misma solicitud que una madre. El padre abrazó de nuevo a su hija, dio cariñosamente la mano a su hermana, y después de repetir a aquélla que fuese muy buena y trabajadora, partió el carruaje con ambas viajeras, las cuales llegaron al anochecer al término de su viaje.



## Las rosas

La señora de Muller habitaba en una lujosa casa de la villa. Para que a su sobrina no le faltara ninguna clase de comodidades, le destinó un gabinete con balcón a la calle, y en el cual tenía su buena cama, tocador, armario y una mesita de escribir.

Clara asistía siempre con puntualidad a sus horas de clase, y cuando tenía ya aprendidas las lecciones del día siguiente se iba a coser al lado de su tía, la cual estaba muy satisfecha al ver los progresos que su sobriñita hacía en el penoso arte de modista. La gracia y el candor que en todas sus acciones demostraba Clara hicieron que su tía llegase a quererla como una verdadera madre, cariño al que correspondía Clara de igual manera.

La tía no olvidaba ni por un momento a su querido padre, y cuando, sentada frente al velador de costura, trabajaba bajo la inspección de su tía, su pensamiento se recreaba en recordar todos los detalles de la casa paterna. La señora de Muller, a quien no se le ocultaban los pensamientos de su sobrina, le dijo un día:

## Cuentos de Calleja

—Dime, querida Clara; ¿no es mucho mejor vivir en la ciudad que en el campo? En tu casita del bosque no tenías sino un cuarto pequeño, y éste carecía de toda clase de adornos; en cambio, aquí vives en una gran casa, con honitas vistas y con una porción de muebles a cual más lujosos. ¿Tenías en tu casa espejos y muebles como éstos?

—Tiene usted razón, tía—respondió Clara—: mi cuarto no tenía muebles, y su ventana era pequeña y sin cristales; pero por ella penetraban los hermosos rayos del sol nascente, que tanto me agradaban. Después la luz solar se filtraba al través del follaje de las madreselvas y campanillas, y mis ojos se recreaban en la contemplación del campo, cubierto de fresco verde y matizado de variadas flores. Ahora desde la ventana de mi cuarto no puedo admirar tanta belleza, y sí sólo las tristes fachadas y tejados de las vecinas casas. Todavía no he podido ver al sol sino entre bendrijas.

—¿Y no te agradan—replicó su tía—las hermosas calles y plazas y los bonitos edi-



...descansa su querida hermosa...

## Cuentos de Calleja

ficios que hay en ella? ¿No es mejor esto que las callejas estrechas y sin empoderar del pueblo de Eschenbach?

—Es verdad—dijo Clara—: las calles de esta villa son muy elegantes y arregladas; pero sus elevadas casas no permiten ver el hermoso cielo más que a trechos. Sus piedras me lastiman los pies. En el campo no hay estos inconvenientes; el follaje que lo tapiza es suave y blando, y dondequiera que la vista se dirija, se ven flores y árboles frutales. Las pequeñas casas que de trecho en trecho se levantan parecen blancas gaviotas descansando en un hermoso mar de verdura. Las grandes poblaciones serán muy bonitas; pero encuentro muchos mayores encantos en el campo.

—Ya veo—replicó la tía—que no hay para tí mejores cosas que los árboles y las flores; pero no debes olvidar que todo lo que en los campos se ería lo tenemos en la ciudad con más abundancia aún. El día pasado, cuando fuimos al mercado, viste en él toda clase de flores y de frutas. Nada tienes, por consiguiente, que echar de menos.

## Las rosas

—Cierto es—dijo Clara—que aquí se encuentra de todo; pero aun no he visto frutas tan frescas y hermosas como las que se crían en el huerto que rodea a mi casita. Las encarnadas fresas que yo misma cogía en el bosque eran más aromáticas y sabrosas que las que se venden en el mercado, aplastadas las más, verdes muchas, y todas sin el delicioso perfume que en la planta tienen. Las sazonadas peras y manzanas que se cogen en el mismo árbol no pueden compararse con las que aquí comemos, las cuales están golpeadas o sin madurar del todo. No hay cosa más agradable que coger uno mismo de la planta la fruta que desea comer.

—En esto tienes razón—le respondió su tía—; pero, en cambio, aquí has visto y oído una porción de cosas a cual más bonita, y de las que ni aun tenías idea cuando vivías en el campo. ¿No te agradó en extremo la iluminación de la otra noche? Las plazas y paseos cubiertos de farolitos a la veneciana y de bombas de gas de tan diversos colores ofrecían un espectáculo fantástico,

## Cuentos de Calleja

original. ¿Y qué me dices de aquella música que tocaba tan bonitas melodías?

—Pues, si he de ser franca—contestó con ingenuidad Clara—, no me agradó mucho la música; sobre todo, el ruido de los platillos y del bombo me pareció bastante desagradable. ¡Cuánto más hermosas son las melodías que al amanecer entonan los pájaros! Su música dulce y armoniosa penetra hasta el fondo del alma, eleva a ésta a regiones superiores, y le hace sentir un no sé qué tranquilo y sosegado que no puede explicarse. En cuanto a la iluminación, si bien es verdad que no es fea, me agrada mucho más la contemplación del cielo estrellado y del color verdoso con que la luz de la luna tinte los objetos. ¡Cuántas veces mi madre, que está en gloria, mi padre y yo solíamos en las apacibles y tranquilas noches de verano sentarnos frente a nuestra casita, y, elevando los tres nuestros ojos al cielo, cantábamos una melodía cuyas estrofas no olvidaré mientras viva!

—Pues mira, querida—le respondió su tía—; yo también deseo conocer esa canción;

## Las rosas

así es que, ya que tienes una voz tan dulce y armoniosa, canta para que yo te escuche.

Clara, que no era de esas niñas tontas que se hacen rogar, accedió a los deseos de su tía, y entonó con voz clara una preciosa melodía dedicada a nuestra querida Madre la Virgen María.

Cuando Clara terminó su canción, la tía, a quien el canto había conmovido, abrazó a su sobrina y dijo:

—¡Muy bien, querida mía! Los versos son de lo más bonito que he oído, y has sabido darles una expresión muy agradable. Sé siempre como ahora, hija querida, y no olvides nunca que todo el que de la Virgen se acuerda será feliz en este mundo, y después recibirá en el otro su recompensa. La Virgen es Madre amantísima que derrama a manos llenas su gracia sobre quien no la olvida.

De cuando en cuando solía ir el padre de Clara a casa de su hermana, y los días que en ella permanecía no se apartaba un mo-

## Cuentos de Calloja

mento del lado de su hija. La felicidad de ésta no conocía límites cuando con su padre estaba, y su mayor placer era ir con él de paseo para enseñarle todo lo que había en la villa. Excesado es decir la gran alegría que el padre de Clara experimentaba cuando su hermana le refería lo buena y aplicada que era su hija.

—Continúa portándote así—le decía su padre—, y de este modo mi vejez será tranquila y sosogada.

Por desgracia, en uno de aquellos viajes Clara vio, con la tristeza que es de suponer, que su padre había decaído mucho y que su aspecto era muy enfermizo.

—¿Qué tienes, papá querido?—le preguntó Clara con sobresalto.

—No te asustes, mi querida hija—replicó su padre—. Lo que tengo no es más que tristeza de hallarme tan solo como estoy. Va a hacer dos años que nos separamos; y como has aprovechado muy bien el tiempo, tienes ya la instrucción necesaria a una muchacha de tu posición. Por consiguiente, tan pronto como comiencen las vacaciones



## Las rosas

te llevaré otra vez a mi lado, para que con tus cuidados y cariños recobro la alegría que perdí. Ahora no me ausento de casa con tanta frecuencia como antes, y, por tanto, me es necesario tener una persona que alivie mis dolores. Tu presencia hará que pueda pasar con tranquilidad los últimos años de mi vida.

La noticia de que dentro de poco tiempo había de volver Clara a la casa de su padre entristeció mucho a la señora Müller; pero, como es natural, no pudo oponer ningún reparo al legítimo deseo de su hermano. Por su parte, Clara, aun cuando también profesaba cariño entrañable a su tía, deseaba volver a vivir con su padre en la casita en que nació, y que tantos y tan gratos recuerdos guardaba para ella.

¡Cuán ajena estaba Clara del triste fin que iban a tener sus halagüeñas esperanzas! Poco después de haber salido su padre para la casa del bosque recibió la señora de Müller una carta con sobre negro. Al ver Clara que la letra era del párroco de Eschenbach tuvo un terrible presentimiento, y su alma fue

## Cuentos de Calleja

presa de mortal congoja. No le había engañado su alma cariñosa: aquella carta era la notificación de la muerte del padre de Clara, víctima de rápida enfermedad. La pobre niña creyó morir de congoja.

Su tía la cogió en brazos y empezó a consolarla con frases cariñosas.

—No te aflijas, querida niña: tu padre fue tan bueno, que ya estará disfrutando con tu madre de las delicias del Cielo. Seamos nosotras cristianas, y día llegará en que nos unamos con ellos ante la presencia del Señor.

La pobre niña no encontraba alivio a su justo dolor, y éste fue tan grande, que el llanto no la dejó conciliar el sueño en toda la noche.

—¡Qué desgraciada soy!—exclamaba entre sollozos—¡Mi madre murió cuando yo era muy niña, y ahora, que iba a estar otra vez al lado de mi padre, la implacable muerte me ha dejado huérfana! ¡Qué va a ser de mí, Dios mío!

—Pero cálmate, nena mía—le decía con dulzura su tía—. Cierto que en este mundo



«Continúa portándose así.»



## Cuentos de Calleja

no hay mayor tristeza que la pérdida de unos padres tan cariñosos; pero tú no has de encontrarte sola: yo te quiero cual si fuera tu madre, y nunca me separaré de tu lado. Como no tengo familia, desde este mismo momento te adopto por hija y tú sola has de ser heredera. Esta casa y cuanto ella encierra, tuyo será cuando yo me muera.

—¡Qué buena eres, tía mía!—exclamó Clara—Pero no es la falta de recursos lo que me aflige, pues soy joven, y no me asusta el trabajar: de lo que no puedo consolarme es de haber perdido unos padres que todo eran cariño y bondad. Si mil fortunas tuviera, todas ellas daría gozoa por tener a mi lado a seres tan queridos.



Poco a poco, y morosa a las frases de consuelo que su tía le prodigaba, la pobre Clara fue amortiguando su gran dolor. Unos quince días después de tan tristes acontecimientos, Clara tuvo que salir para llevar unos vestidos a casa de la señora Duval. Era ésta una bondadosa señora, viuda desde hacía

## Las rosas

poco tiempo de un empleado del Estado. Al morir su marido se había trasladado con su hija Julia, joven de la misma edad que Clara, a la villa donde residía la señora de Muller, y estaba atendida a la pensión que le correspondía.

Dicha señora, que ya conocía a Clara por haber ido ésta varias veces a su casa con distintos encargos, profesaba un gran cariño a la joven por la humildad y dulzura que la caracterizaban. Cuando aquel día entró Clara en su casa se impresionó tristemente la señora Duval al ver el traje negro de aquella y las profundas huellas que el dolor había dejado en su rostro.

—¿Qué desgracia te ha ocurrido, querida joven?—le preguntó con interés la señora Duval—¿Por quién llevas ese traje negro?

Clara, a quien la pregunta renovó en su corazón el recuerdo de las tristezas recientemente pasadas, refirió entre sollozos la muerte de su padre y la de su madre.

La simpatía que la señora Duval sentía por Clara se hizo mayor al ver lo mucho

## Cuentos de Calleja

que le afectaba la muerte de sus padres, y empezó a hacerle varias preguntas acerca de su nacimiento, como también acerca de sus padres.

—¡Qué bondadoso es Dios!— exclamó entusiasmada la señora Duval cuando Clara terminó de contar su vida.— ¡Yo he tenido el inmenso placer de conocer a tu bondadosa madre! Cuando yo era niña, ella estaba de criada en casa de mis padres, y con su angelical carácter había conseguido captarse el cariño de todos. ¡Qué desgracia tan grande es que haya muerto! Pocas son las personas que se encuentran hoy tan buenas y honradas como ella. ¡Dios la tenga en su santa Gloria! También he conocido a tu padre, y en verdad que era un hombre laborioso y honrado a carta cabal.

Al oír Clara aquellas frases tan gratas para sus padres, no pudo menos de echarse a llorar, y Julia, acordándose también de la muerte de su padre, prorrumpió en sollozos. Al ver a aquellas dos jóvenes tan afligidas, no pudo permanecer serena la señora Duval, y también se puso a llorar, formando

## Las rosas

de este modo las tres un cuadro en extremo conmovedor y grato.

El cariño que por Clara sentían la señora Duval y su hija Julia se hizo desde entonces mucho mayor, pues pudieron apreciar claramente las bondades sin fin que encerraba el corazón de Clara, como joven amantísima de sus padres y temerosa de Dios. Calmáronla, pues, de toda clase de agasajos, y antes de que se marchara le hicieron prometer que el domingo volvería a visitarlas después de haber oído misa. Como es natural, Clara quedó sumamente satisfecha con tan benévola acogida.

Cumpliendo lo ofrecido, Clara fue el domingo a casa de la señora y señorita Duval, quienes la recibieron con más amabilidad, al cabo, que el día anterior.

Gran rato estuvieron las tres amigas contando multitud de detalles acerca de la madre de Clara. Después Julia llevó a Clara a su gabinete para que viera los bordados que había hecho, y, por último, se puso al piano, y tocó y cantó algunos aires populares. Clara también cantó una melodía,

## Cuentos de Calleja

y lo hizo con una afinación tal, que la señora Duval y su hija quedaron prendadas de lo dulce y armonioso de su voz.

Desde aquel día fue Clara todos los domingos a casa de sus nuevas amigas, donde pasaba el tiempo muy agradablemente. Unas veces las dos jóvenes tocaban y cantaban a dúo, y otras se entretenían leyendo alguna novela moral e instructiva. La lectura era una de las cosas que más agradaban a Clara. Se identificaba de tal manera con los personajes de la obra, que lloraba con sus tristezas y gozaba con sus alegrías.

De esta manera ambas jóvenes pasaban el tiempo muy entretenidas.

Fue tan grande el cariño que despertó en Julia su amiga Clara, que todo el tiempo le parecía corto a su lado; y con objeto de disfrutar lo más posible de su siempre grata compañía, solicitó y obtuvo de su madre que proporcionase a Clara algún trabajo en su misma casa.

Por esta causa no era raro que las dos jóvenes pasasen dos y aun tres días juntas.

La señora Duval estaba satisfichísima



## Las rosas

de aquella amistad, pues de este modo evitaba que su hija tropezase con alguna mala compañera.

No era menor el contento de Clara al verse favorecida por unas personas tan buenas como la señora Duval y su hija; a su lado, al mismo tiempo de afirmarse cada vez más en la virtud, aprendía una porción de cosas útiles.

De este modo se hizo tan íntima la amistad entre las dos jóvenes, que todos los días, y después de terminar sus labores, iba Clara a casa de su amiga, donde merendaba y charlaba alegremente un rato.

Merced a estas inocentes expansiones, Clara recobró su buen humor; pero no por eso olvidó a sus buenos padres, sino que todos los días, al levantarse y al acostarse, rezaba con gran devoción por su eterno descanso.

\* \* \*

Clara había cumplido ya dieciocho años; y, a pesar de su inusitada belleza, no era como tantas jóvenes tontas que todo lo

## Cuentos de Calleja

confían a su cara bonita, sino que, por el contrario, su amabilidad exquisita, sus modales francos y sinceros, y sobre todo la inocencia y pureza de su alma virginal, hacían que todo el que la conociese sintiera por ella especial simpatía.

Un día llegaron a la tienda de la señora Muller dos jóvenes elegantemente vestidas, hijas del conocido y noble banquero M. Winning, el cual era dueño de cuantiosa fortuna.

Después de mirar distintos géneros, eligieron dos cortes de vestido de magnífica seda, y una vez hecha la compra, pidieron permiso a la señora Muller para que su sobrina fuese durante varios días a casa de ellas y las ayudase en la hechura de los nuevos vestidos. La señora Muller no tuvo inconveniente en acceder a esta petición, sino que, antes al contrario, lo hizo con mucho gusto.

Al día siguiente fue Clara a casa de las hijas del banquero, quienes la recibieron con suma afabilidad y cortesía. Puséronse las tres jóvenes a trabajar; y aun cuando las

## Las rosas

Los hermanos no hicieron cosa mayor, amenizaron el trabajo con multitud de chistes y anécdotas a cual más graciosa. Dichas jóvenes tenían una habilidad especial para ridiculizar las tonterías de varias de sus amigas, y de este modo pasaron el rato riéndose de lo lindo. Clara, aunque no permanecía ociosa, también se divertía mucho.

Al oír las francas careajudas de las jóvenes se acercó a ellas uno de los hijos del banquero, joven de arrogante presencia, vestido con suma elegancia, y que, dirigiéndose a sus hermanas, les preguntó con alegría:

—¿Qué ángel se éste que habéis traído a casa?

Y sin andar con preámbulos se sentó entre sus hermanas, y dirigiéndose a Clara, empezó a colmarla de elogios.

La inexperta joven se puso muy encorvada al oír tanto agasajo; pero como al fin y al cabo era mujer, empezaron a agradecerle las frases galantes que le dirigía el joven.

Éste contó con gracia y desenvoltura algunas de sus aventuras; y como su aspecto

## Cuentos de Calleja

exterior era muy simpático, no tardó en captarse por completo las simpatías de Clara.

En los días sucesivos el joven iba siempre al cuarto de costura de sus hermanas, y Clara llegó a figurarse que lo que deseaba era casarse con ella. En esta creencia, procuraba ir lo más elegante posible a casa del banquero; y cuando los vestidos estuvieron terminados, aceptó muy contenta la invitación que le hicieron sus nuevas amigas de que fuera a menudo a visitarlas. De este modo, y sin darse cuenta de ello, Clara empezó a escasear las visitas a su amiga Julia, y, por último, acabó por no volver más a su casa.

• •

Quando la señora Datal se enteró de la conducta que observaba Clara, sintió gran pesar, que se aumentó aún más al saber la frecuencia con que la joven iba a casa de la familia Winning. La bondadosa señora temía, y con razón, que se entibase en Clara su natural bondad, pues las hijas del ban-

## Las rosas

quero, desde la muerte de su madre, observaban una conducta que dejaba mucho que desear; y en cuanto al joven Eduardo, era un piflo redomado que ocultaba la maldad de su corazón con modales finos y cariñosos. Sus mismas hermanas, lejos de afear su manera de ser, celebraban y reían mucho las calaveradas que hacía.

El banquero M. Winning era buena persona; pero no se preocupaba mucho de la vida que hacían sus hijos. Entregado por completo a sus negocios, sólo le interesaba el alza y baja de la Bolsa, sin tener en cuenta que el asunto más importante para todo buen padre es cuidar de la educación de sus hijos, para que éstos no se dejen arrastrar por las pasiones, que tan violentas son en todas las edades de la vida, y mucho más en la juventud.

Por la noche iba al Casino a tomar café y a charlar con sus amigos, y mientras tanto entraban en su casa varios amigotes de Eduardo, más dados al juego y al baile que a los libros y a los hábitos de orden.

Un día que por casualidad y para hacer

## Cuentos de Calleja

tiempo volvió Clara a casa de la señora Duval, ésta, que estaba esperando tener ocasión propicia para amonestar a Clara por su inconstancia, le dijo:

—Querida malga mía, mira bien lo que haces, y no dejes nunca el sendero de la virtud; apártate de las malas compañías, que halagan tu belleza tan sólo por incitarte al pecado. Cierro que la hermosura es un don del Cielo; pero no la **y** mujer, por hermosa que sea, que no pierda sus encantos con el tiempo. Mil veces mejor es la belleza del alma que la del cuerpo: aquélla es inmortal; ésta dura tan sólo algunos años. No cifres tu vanidad en llevar lujosos trajes y sombreros. Es verdad que es agradable y bueno vestir con decoro; pero el lujo exagerado no conduce a nada como no sea a que se forme mal concepto de una joven; sobre todo si, como tú, es de posición humilde. La que por medio de trajes aparatosos y exagerados cree adquirir fama de elegante, es la burla de todos, y da muchas veces ocasión para que con razón se hable mal de ella. La virtud, la inocencia y el amor



...se sentó entre sus herramientas...

## Cuentos de Calleja

al orden y al trabajo han de ser siempre los principales adornos de una joven, y debe cuidar de ellos como del tesoro más hermoso. Una mujer bella, pero de conducta ligera, podrá encontrar hombres que halaguen su vanidad y que le tiendan lazos para pervertirla; pero nunca se acercará a ella un joven honrado para aceptarla por esposa. Con la piedad todo se alcanza: cariño y deferencias en esta vida, y gloria en la otra: en cambio, una conducta desenfrenada es perniciosa para el cuerpo y para el alma: para el primero, porque se vive muy de prisa, y pueden contraerse multitud de enfermedades; para la segunda, porque nos hace olvidar el fin para que todos fuimos creados, que es servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarle en la eterna. A tu vista se presentan dos caminos bien distintos: el uno, lleno de espinas y sinsabores, pero que al fin y al cabo conduce a la eterna felicidad; el otro, atractivo y sugestivo en extremo, pero que termina en un abismo sin fondo. El verdadero talento consiste en saber elegir el que más nos conviene, y el cual no es



## Las rosas

otra sino el primero. Ten presente esto que te digo, y verás como en día, tal vez no lo jumo, acabarás por darme la razón.

Julia, que estaba oyendo a su madre, cogió cariñosamente á Clara las manos cuando aquella acabó de hablar, y con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Mi querida amiga: no porque de mí te hayas olvidado creas que yo he hecho lo mismo, pues mi cariño hacia ti no ha disminuido en nada. Siento, sí, profunda tristeza cada vez que te veo; pero es porque considero que tú, que tienes buenas cualidades, vas dejándote arrastrar por los consejos de malas amigas que sólo desean tu perdición. No seas así, mi buena amiga; ven a verme con frecuencia como antes lo hacías, y pasaremos las dos el rato agradablemente dedicadas a nuestras labores. Las hijas de M. Winníng, aun cuando se llaman tus amigas, no lo son, pues les tiemo sin cuidado que seas buena o mala. Haz siempre caso de lo que te dicen tu virtuosa tía y mi buena madre, pues las jóvenes como nosotras sólo debemos guiarnos por lo que nos dicen las

## Cuentos de Calleja

personas que más interesadas están en nuestra dicha.

La joven Clara se sintió conmovida por las palabras de la señora Duval y de su hija, y les prometió enmendarse en lo sucesivo y tener siempre presentes los saludables consejos que acababan de darle.



Pero aun cuando Clara pensase, en efecto, cambiar de conducta, la fatalidad hizo que se desvanecieran todos sus buenos propósitos.

Dos días después de su entrevista con la señora Duval y con su hija Julia, y cuando ya se disponía a cerrar la tienda para ir a casa de ellas, se presentó el joven Eduardo con objeto de comprar unas cintas para adornar el traje de baile de sus hermanas.

—Simpática y bella Clara—dijo el joven después de haber adquirido lo que deseaba—, no creo que hayáis olvidado que mañana es día de fiesta, y que se abrirá el lujoso salón de baile edificado en el parque inglés. La fiesta promete ser brillante, y más her-

## Las rosas

manas, que tienen proyectado ir a ella en carroje tan pronto como salgan de misa, me han encargado decirles que cuentan con vuestra agradable compañía. Supongo, pues, que no dejaréis de ir. Al mediodía serán agasajados todos los asistentes con un suculento banquete; toda la tarde se dedicará a las delicias del baile, y terminará la fiesta por la noche quemándose una bonita colección de fuegos artificiales. Si, como espero, aceptáis la invitación, vuestra gentil hermosura podrá lucir todas sus galas, y, a no dudarlo, seréis la reina de la fiesta. Ahora desco regalaros estas rosas encarnadas que acabo de coger para vos; ellas son el emblema del placer, y os recordarán que la primera contradanza habéis de bailar la conmigo.

La inocente Clara aceptó muy agradecida el ramillete que le ofrecía Eduardo, y le prometió que asistiría a la fiesta.

Por la noche, y mientras cenaban, Clara pidió permiso a su tía para poder ir al día siguiente con sus amigas las señoritas de Winning.

## Cuentos de Calleja

La buena señora, que en nada creía ver malicia, dio sin inconveniente alguno el permiso que se le pedía, pues si bien es cierto que hasta sus oídos habían llegado rumores nada favorables para la familia Winning, creía que todo ello no era más que habladurías sin fundamento, debidas a la envidia que se tenía a aquellas jóvenes, pues eran las más ricas de la villa y compraban muy buenas cosas en su establecimiento.

Además, estaba muy orgullosa con que su sobrina tuviese tal amistad, pues creía candidamente que Eduardo no tenía más deseo que casarse con Clara. Esta idea llegó a arraigarse más en ella desde que una antigua camarera de la familia Winning le dijo en cierta ocasión:

—Me parece que vuestra sobrina no tardará mucho tiempo en ser mi señora.

La mañana del día preñijado para la fiesta no podía presentarse bajo mejores auspicios; el cielo estaba despejado, y el sol lucía todo el esplendor de su belleza.

Clara apenas pudo dormir en toda la noche; se levantó muy temprano, y estuvo

## Las rosas

más de una hora delante del espejo, adornándose sus negros cabellos con un aderezo de perlas que, aunque falsas, le favorecían mucho y hacían muy bonito contraste con sus pendientes de oro.

Eligió después en el ropero el vestido más bonito que tenía, y todavía pasó un gran rato dándose los últimos toques.

Salió, pues, de su casa con dirección a la iglesia, cuando la casualidad hizo que en el camino encontrase a su amiga Julia, quien deteniéndola un poco le dijo:

—Pero ¿es posible, querida amiga, que tengas tan poca memoria que ya te hayas olvidado de tus promesas y te decidax a ir a ese baile? Piensa bien lo que haces, pues tal vez luego te arrepientas, cuando ya no sea tiempo. Si continúas por el camino que has emprendido, no tardarás en sufrir sus tristes consecuencias. ¡Cuántas jóvenes como tú han encontrado en esos bailes su perdición! ¿Por qué no me haces caso a mí, que tanto te quiero y sólo deseo tu felicidad? Las señoritas de Winning no son buenas amigas, pues les importa muy poco

## Cuentos de Calleja

que te pervertas. No hagas caso ninguno de las repetidas promesas que te hace Eduardo; ellas son como los perlas que adornan tu cabeza, de apariencia muy bonita y sugestiva, pero al fin y al cabo falsas. También las mariposas creen hallar su felicidad en la luz de una lámpara, y revolotean a su alrededor fascinadas por el brillo, hasta que se queman las alas y encuentran su muerte. ¿Cómo es posible que Eduardo, cuya fortuna es tan considerable, quiera casarse contigo, que tan poco tienes? Estoy convencida, y esto te lo digo por tu bien, de que Eduardo no desea más que engañarte. ¡Dios quiera que me equivoque; pero me temo que mis presentimientos son ciertos! Vuélvete atrás, que aun estás a tiempo, y considera que el que juega con fuego acaba por perecer en él.

—Tus consejos serán muy curiosos— respondió con ironía Clara—; pero estás muy equivocada al juzgar como lo haces a Eduardo. Es muy honrado y cortés, y nunca hará nada que pueda perjudicarme. Además, he dado ya palabra de asistir a la fiesta,



... EN SUS LIBROS...

## Cuentos de Calleja

y no es cosa de que deje de cumplir mi promesa por tus temores infundados y tontos. Inútil es, pues, que me digas nada más acerca de este asunto, pues sólo conseguirás entretenerme y que llegue tarde a misa. Adiós, y celebraré que no te tomes tanto interés por mí.

Diego esto continuó su camino y entró en la iglesia, sin despedirse de Julia.

Durante toda la misa, Clara estuvo muy distraída, pues no hacía más que pensar en lo mucho que iba a divertirse luego.

También, y a pesar suyo, le preocupaba algo lo que acababa de decirle su amiga Julia.

Terminando el oficio divino, salió precipitadamente de la iglesia, y se dirigió a su casa para cambiar la mantilla por un sombrero adornado con profusión de rosas.

Cuando concluyó de arreglarse fue a la sala, donde el día anterior había dejado en un vaso con agua las flores que Eduardo le regaló. Pero al ir a cogerlas, su rostro se puso pálido, y, atorrada, retrocedió hasta el centro del cuarto.



## Las rosas

En lugar de las rosas encarnadas se encontró en el vaso con otras rosas blancas. Desde aquellas que vio en la tumba de su madre no había vuelto a encontrar más rosas blancas que las que tenía delante, y la impresión que le causaron fue terrible. Creyó ser víctima de un sueño, y tuvo que apoyarse en una mesa para no caer desvanecida.

En un momento se agolparon a su memoria todos los saludables consejos que su madre le dio momentos antes de expirar. Creía ver delante a su madre, pálida cual aquellas rosas, y que con triste mirada le reconvenía por su mala conducta.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó entre sollozos—Me parece oír la voz de mi madre que sale de la tumba y me pregunta: «Clara, hija mía, ¿por qué te has olvidado de mis saludables consejos?» También creo que mi padre me está diciendo: «¿No sabes que no hay mayor alegría que la que produce la tranquilidad de conciencia? Todos los placeres de este mundo pasan rápidamente, y dejan el corazón sumido en la más profun-

## Cuentos de Calleja

da tristeza.» ¡Tenéis razón, padres míos!—exclamó sollozando—He sido una loca al olvidar vuestras palabras; pero yo es pronto que he de enmendarme desde este mismo instante.

Y, diciendo esto, cayó al suelo de rodillas y prorumpió en amargo llanto.

Entonces Julia, que lo había presenciado todo desde la alcoba, se presentó ante Clara, quien al verla se levantó del suelo y se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Ah! ¡Qué buena eres, mi querida Julia! Al cambiar las flores encarnadas por estas blancas has hecho que comprenda cuán mala era mi manera de obrar. Lo que me consiguieron tus palabras lo han hecho estas flores, que tan tristes recuerdos tienen para mí. ¡Cuán mala he sido contigo, querida amiga! Pero eres tan buena, que todo me lo perdonarás; ¿verdad que sí? ¡Oh, sí, querida Julia! Desde hoy, más que nunca, quiero conservar siempre tu amistad. Déjame que te abrace, y ten seguridad de que nadie ha de separarme ya de tu lado.

## Las rosas

Muy emocionada, abrazó Julia a su amiga Clara y le dijo:

—¡Gracias a Dios, querida amiga, que me abiertes los ojos a la verdad! Desde ahora te devuelvo todo mi afecto. Marchemos siempre unidas por la senda del bien, y seremos felices. Quiero que las rosas blancas sean nuestro lazo de unión.

Y, diciendo esto, cogió una rosa, la puso en el pecho de su amiga y ella se colocó otra.

Clara cambió su vestido de baile por otro más sencillo, y, cogiendo a Julia por la cintura, salieron ambas amigas, contentas y felices, en dirección a la casa de la señora Duval. Esta buena señora derramó lágrimas de consuelo cuando supo lo acaecido, y, abrazando a las dos jóvenes, les dijo:

—Queridas mías, las dos sois a cual más buena. Querens siempre mucho, y Dios, que vela por sus hijos, no os abandonará jamás.

La tía de Clara aprobó también la conducta de las jóvenes; pero, según ella, no había motivo para que su sobrina dejase en absoluto de ir a casa de los señores de Winning. Sin embargo, poco tiempo después,

## Cuentos de Calleja

el banquero se declaró en quiebra a causa de los enormes gastos que su hijo hacía. Entonces fue cuando la tía de Clara comprendió cuán cuerdo había obrado ésta al abandonar semejante compañía.

Clara y Julia fueron en lo sucesivo muy buenas y juiciosas.

Poco después las pidieron en matrimonio dos ricos y honrados jóvenes de la localidad, y ambas amigas tuvieron el inefable placer de ir juntas al altar nupcial, llevando de adorno en su pecho una guirnalda entrelazada con rosas encarnadas y blancas.

FIN





BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104058740

